

Dos cuentos cortos sobre vidas en dimensiones inimaginables

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

Hoy no quiero levantarme

Mmmf. ¿Qué hora...es?
¿Qué día es?
Ah, sí, domingo.

Me siento un poco mareado; hoy no quiero levantarme.

¿Por qué? No... sé.

No sé.

¡Porque no!

Sí, ya sé que tengo que levantarme aunque no quiera. No puedo decirle que no a *ellos*; siempre encontrarían la forma de hacer que me pusiera de pie, sin importar lo que yo quiera.

¡Sí, sí, *ellos*! Los de la gabacha blanca.

A veces me siento como si fuera únicamente un juguete muy caro, una especie de títere.

Yo tengo que hacer siempre lo que *ellos* me ordenan... aunque no quiera.

¡Mmmmmmmffp!

¡De verdad que hoy no quiero levantarme!

¿No puedo simplemente hacerme el dormido para siempre?

¡Menudo lío se armaría, ja, ja, ja!

“¿Por qué no despertará?”, se preguntarían de inmediato, para después ahogarse en un mar de posibles interrogantes: que si algo está mal en mi cabeza, que si habrá algún daño permanente, que si me podrán curar... Ya los veo corriendo para todas partes, enfundados en sus gabachas blancas, cargando folios pesados, ansiosos y sin descanso, como hormigas llevando hojas al hormiguero antes de que caiga la lluvia.

Algunos tal vez hasta piensen que fue un error llevarme allá y hacerme subir la escalera.

Yo no quería ir allá. ¡No quería subir la escalera!
Pero ellos me obligaron, como hacen siempre.
¿Que si los odio por tratarme como un juguete?
No, no los odio. Odio que me traten como un juguete.
A *ellos*, los de gabacha blanca, no los odio. Me gusta cuando dicen de mí:
“¡Es muy inteligente!
O cuando me enseñan, o cuando juegan a la pelota conmigo.
Me fascina que conversemos, que me hagan preguntas de matemática. Me
agrada mucho cuando me alaban por mis respuestas.
“¡Bien dicho, qué inteligente!” me dicen y me estrechan la mano.

Cuando son así, me gustan *ellos*. Pero no me siento bien cuando traen a
extraños, de esos que vienen con libretitas, grabadoras y cámaras. Siempre me
dan miedo... No, ¿cómo se dice?
Me intimidan, sí.

Con los niños no tengo problema. Los miro y me veo a mí mismo en sus ojos.
Ellos son de mi tamaño, algunos hasta más pequeños.
Creo que los niños son como yo: también los obligan a hacer esto o aquello...
Como a mí, que ayer me llevaron allá y me pusieron delante de todo el mundo.
Me dijeron que me iban a presentar con los niños y me llevaron allá, a ese lugar
amplio y oscuro.
Se encendieron las luces y yo no podía ver bien. Mis ojos no son tan buenos
para ver a la distancia.
Sólo alcanzaba a ver muchas cabezas, cabezas que no eran de niños, no.

Me asusté un poco, pero olvidé mi temor cuando trajeron una pelota.
“Patea la pelota”, me ordenaron, y empezó el juego.
Escuché aplausos y comencé a soñar despierto; yo era la estrella.
Con cada patada que daba, la multitud aplaudía de emoción. ¡Era una fiesta!
Me ordenaron: “¡Corre hacia el frente!”
Yo obedecí contento.

Entonces los vi; estaban todos sentados en las primeras filas de asientos,
con sus cámaras y libretitas, escribiendo.
Me dieron miedo...
No.
Me intimidaron, sí.
Como el día en que uno de ellos vino aquí y me hizo sostener una taza con
un líquido caliente.
Se paró frente a mí y su cámara emitió un fuerte destello de luz que me dejó
ciego. Traté de cubrirme la cara y, al hacerlo, derramé el líquido sobre el brazo
del extraño.
Él vociferó muchas palabras que no conozco. Ahora no las recuerdo, pero no
sonaban bien.

Solamente entendí estúpido.
Y tonto.

Entonces me ordenaron que caminara hacia la escalera y que me detuviera para hacer una pausa dramática y que así aumentara el suspense me pidieron que caminaray que volteara mi cabeza hacia el público que levantaron la mano y la agitaban mientras decía mire estos y subiendo la escalera como lo haría cualquier persona que tendría ninguna persona a tan estúpida como para subir la escalera con la cabeza ladeada a menos que esté usando el teléfono celular porque parece que cuando el agente usa el celular nous el cerebro al menos el sentido común porque caminamos sin poner atención y a de jende preguntarme la hora y el día no me quiero levantar hoy de verdad que no pe-ro sino lo hago ellos me van a obligar porque ellos siempre me obligan a hacer lo que quieren aun que yo no quiera y yo no quería subir la escalera porque ahí estaban los de las libretas dylas camaras que se llaman ¿cómo? ¿cuáles la palabra?

```
01110010 01100101 01110000 01101111 01110010 01110100 01100101
01110010 01101111 01110011
```

ah sí reporteros esos nos son como los niños los niños los miros y me veo a mí mismo reflejado en sus ojos pero los reporteros disparan sus luces y me dejanciego por que mis ojos no me sirven para ver de muy lejos y por eso los reporteros me dan miedo no me intimidan eso es lo correcto y a de jende preguntarme que día es malditasea que no quiere pero está bien y a me voy a levantar de jende punzarme el cerebro con esos grep-grep-cat-date

¡Quiero!

```
01100010 01100001 01110011 01110100 01100001
```

¡Basta!

```
¡H0Y3SD0M1NG0Y4M3V0Y4L3V4NT4R!
```

En la pantalla negra de la terminal se destacaban las letras verdes:
[yamamoto@AASIMOX_central ~]\$ date

El *prompt* se había mantenido sin respuesta alguna.

El Dr. Yamamoto, agotado y frustrado, apartó sus ojos de la computadora un momento.

A unos pasos de distancia y conectado a la terminal con cables, se encontraba un robot de 1.30 metros de altura. Se trataba de AASIMOX, el prototipo que se había caído de la escalera el día anterior en una demostración y no respondía desde entonces.

Fue un accidente extraño: durante las pruebas en el laboratorio, el robot había corrido, realizado algunas proezas de equilibrio, anotado un gol y hasta había subido una escalera sin ningún problema. Lo más desconcertante, sin embargo, era que el orgullo de la robótica japonesa no había querido responder desde que lo apagaron para revisarlo en el laboratorio.

AASIMOX estaba sólidamente construido, por lo que era poco probable que el golpe de la caída lo hubiera afectado. Además, los investigadores revisaron

todo el *hardware* pieza por pieza y no encontraron ningún desperfecto. Cuando se verificó la integridad de los programas, todo parecía intacto: el código de cada módulo individual estaba completo, pero el robot, misteriosamente, no respondía a los comandos de la terminal.

Sin mucha esperanza, el Dr. Yamamoto consultó una vez más el diagrama con el diseño del procesador de AASIMOX. En ese momento, la terminal devolvió lo siguiente:

```
[yamamoto@AASIMOX_central ~]$ date  
sun 25 jul 21:13:22 UTC 2010  
[yamamoto@AASIMOX_central ~]$
```

¡La fecha! ¡El humanoide por fin había respondido! El Dr. Yamamoto quiso gritar de alegría y besar al hombre mecánico. Sin embargo, solamente se limitó a reportar el evento por teléfono a sus colegas y luego frotó la cabeza de AASIMOX con ternura, como si el androide fuera su propio hijo, al tiempo que susurraba:

-Gracias por levantarte, AASIMOX. No te preocupes. Mañana jugaremos con la pelota...

Con esas palabras, y pensando solamente en ir a su casa a dormir un rato, el científico apagó la terminal sin verla y salió por la puerta.

Si hubiera mirado la consola de control, el sueño del Dr. Yamamoto se habría disipado en un segundo, pues la pantalla de la terminal, fiel reflejo del alma del robot, había mostrado por un par de segundos:

```
[yamamoto@AASIMOX_central ~]$  
(^o^)  
[yamamoto@AASIMOX_central ~]$
```

La vieja estación

Marco Ovares caminaba sin prisa, arrastrando los pies sobre el andén que se le hacía tan conocido, a pesar de que estaba seguro de que jamás había pisado ese lugar. Sus zapatos, al flexionarse con cada paso, se quejaban como gatos perezosos al ser importunados durante una siesta vespertina.

El sol brillaba, pero se sentía algo de frío. Marco abotonó su chaqueta; anduvo un poco más y se detuvo junto a una barandilla desvencijada, que hacía de pobre barrera entre el largo y, por el momento, silencioso andén y la vía férrea. Matorrales desperdigados por aquí y por allá, incrustados en una tierra reseca, poblaban el horizonte. Algunos tenían un color verdusco, pero la mayoría no contrastaba demasiado con el suelo agrietado por la falta de agua.

Al señor Ovares se le antojó el paisaje como sacado de una de esas viejas películas del Oeste: la polvorienta estación, el piso de madera, las barandillas con tablillas fuera de lugar, el sol que brillaba sin calentar y la tierra sedienta... hasta esperó ver cruzar una de esas plantas rodadoras por la esquina más lejana de la estación cuando el caballo de hierro hiciera su entrada ruidosa, resoplando humo sobre los durmientes, que crujirían al sentir su descomunal peso y potencia.

El tren debía llegar pronto.

Justo cuando a Marco le empezaba a parecer extraño que no hubiera nadie en el lugar, la estación comenzó a poblarse poco a poco con personas salidas de puertas a todo lo largo del andén. Todos los presentes, al igual que él, venían para abordar el tren. Con discreción, el señor Ovares estudió las caras de los pasajeros; algunos tenían facciones rígidas y enjutas, otros, caras más amigables. Nadie venía ataviado a la usanza del viejo Oeste, por fortuna, pensó Marco. Eso hubiera sido demasiado.

El señor Ovares continuó mirando a los recién llegados hasta que sus ojos tropezaron con el agrio rostro de un hombre rechoncho, quien torció su enorme boca con disgusto y escupió en el suelo ruidosamente.

Un caballero de edad madura, vestido con un traje elegante, caminó por detrás del señor Ovares y se apostó en una banca para leer el periódico. Su rostro era, sin duda alguna, muy familiar, pero Marco no podía recordar con claridad dónde lo había visto. El hombre sintió el repaso curioso sobre su persona, así que entrecerró el periódico un momento y saludó al señor Ovares con una leve inclinación de cabeza. Era evidente que estaba acostumbrado a las miradas de los demás.

Marco devolvió el saludo inclinando también un poco la cabeza, al tiempo que se llevó dos dedos al ala de un sombrero invisible. Luego volteó a los rieles y se preguntó, un tanto avergonzado, por qué había saludado al estilo vaquero al distinguido lector en lugar de acercarse y estrecharle la mano con cortesía, que era, lógicamente, lo apropiado. Aunque era cierto que no recordaba quién era el hombre, su olvido no le garantizaba una excusa para olvidar los buenos modales. Si hubiera querido, podría haberle preguntado al caballero su nombre con un tono amable e informal, algo así como: "Disculpe señor, usted me parece muy conocido... ¿Nos hemos visto en alguna parte?". De seguro, nadie se ofendería si lo hacía con una sonrisa.

El señor Ovares lo recordó entonces. Su personalidad estaba marcada por una profunda y enfermiza timidez, por lo que aproximarse a conversar con extraños jamás había sido su especialidad. Él era tan tímido que todos sus conocidos se preguntaban cómo diablos había conjurado suficiente valor para declararles su amor a Dalia, su esposa. La broma era que había sido ella más bien quien había tenido que realizar la confesión.

Marco frunció el ceño un segundo al pensar en la chota. No, en una proeza hercúlea sin precedentes, él había logrado levantar la pesada piedra de su timidez para hablar con Dalia y, gracias a eso, habían gozado de una feliz vida marital, coronada por la venida al mundo del pequeño Julio, su hijo.

El pecho del señor Ovares se hinchó con orgullo y un suspiro, aleteando, se escapó de la jaula de sus costillas. Su familia era su más grande logro.

¿Por qué no estaban Dalia y Julio junto a él?

Un grito estridente y el palmoreo de alegría de una niña vestida de azul arrancó de cuajo a Marco de sus cavilaciones. Como una bandera anunciadora, la columna de humo blanco de la chimenea del tren se divisaba a lo lejos; los rieles crujían y un potente silbido cortó el aire en la distancia.

El tren por fin había llegado.

El hombre de rostro agrio torció la boca en una mueca desagradable. También espetó palabras groseras y algo así como “ya iba siendo hora” con un acento marcadamente español. Marco no alcanzó a escuchar todo lo dicho gracias al repentino bullicio en el andén.

Tal y como se lo había imaginado el señor Ovares, la locomotora entró a la estación resoplando, poderosa y altiva. Se detuvo de a poco, hasta que el primer vagón permaneció estático junto a él. Marco se preguntó brevemente cómo el tren, que se veía bastante lejos, había llegado tan rápido. Descartó sus pensamientos como quien aleja una mosca molesta. “Para eso son los trenes, después de todo”, pensó, “para viajar más rápido. De otro modo, iríamos a pie...o a caballo”. El señor Ovares sonrió. El asunto de los vaqueros se le estaba convirtiendo en una especie de fijación desde que había llegado al andén.

Los pasajeros se alinearon calmadamente detrás de Marco, anticipando la señal para abordar e iniciar el viaje. El hombre del periódico, a quien el señor Ovares no se atrevió a hablar, se había colocado de segundo. Súbitamente, un silencio pesado parecía sobrevolar el lugar como un buitro hambriento. ¿A dónde iba ese tren? ¿Cuál era exactamente su destino? Sin respuesta, Marco miró al cielo, ahora oscuro y salpicado por tonos rojizos. Un hormigueo desagradable subió por su pierna. Si de algo estaba seguro, era de que el ocaso jamás vestía con esos extraños tonos escarlatinos.

Cual trampas para osos, las puertas de los distintos vagones se abrieron con chirridos pesados que helaban la sangre. Hombres ataviados con chalecos oscuros bajaron y permitieron el ingreso a los pasajeros, quienes mostraban sus boletos y abordaban ordenadamente, bajando sus cabezas, resignados. Parecían esclavos desesperanzados, tristes y sin equipaje.

El señor Ovares trató de encontrar de nuevo a la niña de azul al tiempo que buscaba su boleto. Quería asegurarse de que hubiera al menos una persona con una disposición más festiva en el tren, mas se trató de un esfuerzo inútil; la chiquilla probablemente había subido ya. ¿La acompañaba algún adulto acaso? Marco apretó su memoria, mas no pudo ver ninguna imagen concreta. ¿Estaba la niña sola? Y su boleto...¿dónde había quedado? Palpó sus ropas y, sin querer, sus ojos terminaron haciendo contacto con el hombre de aire distinguido detrás de él. Estudió su rostro con rapidez. Por fin, lo reconoció: se trataba de Don Augusto Contreras, el político más querido del país, quien hacía dos semanas había sido ingresado a un hospital carísimo por una complicación respiratoria.

Marco quiso felicitar a Don Augusto por su recuperación, pero recibió un fuerte empujón por parte de uno de los hombres de chaleco oscuro, un empujón tan violento que lo sacó de la fila y lo arrojó al suelo aparatadamente. Sorprendido y molesto, buscó con la vista a su agresor para reclamarle, pero se paralizó en

el acto. El hombre de chaleco oscuro terminaba de ayudar a Don Augusto a subir al carro y, cuando se volvió, Marco pudo ver que su agresor carecía de rostro. En su lugar, una especie de masilla informe, un descompuesto lustre de pastel que burbujeaba cubría la superficie donde debían encontrarse las características faciales de un ser humano.

Los ojos de Marco se abrieron más de la cuenta para contemplar a los pasajeros, quienes entraron en el tren a una velocidad pasmosa, como cuando se acelera una película: todo se había vuelto figuras entrecortadas a alta velocidad, haciendo girar la cabeza del señor Ovares. Cuando la última persona abordó, un agujero negro y abominable como las cuevas del infierno se abrió a manera de boca en el medio de la cabeza del hombre sin cara. De él salió, entre los gorgoteos asquerosos de la masilla inmundada, un sonido estridente e indescriptible que hizo saltar los tímpanos de Marco. Desesperado, quiso gritar de horror, pero la voz se le apagó en la garganta, como se extingue la débil llama de una vela ante el embate de una ráfaga invernal.

Sin inmutarse, una anciana de rostro plácido salida de la nada tomó al asustado señor Ovares de una mano y pareció buscar algo. Le sonrió y pronunció una oración que, aunque Marco no alcanzó a escuchar en su totalidad debido al repiqueteo en sus oídos, pudo comprender que iniciaba por la palabra “no” gracias al movimiento de los labios de la dama. Ella lo ayudó a ponerse de pie nuevamente y lo condujo, tembloroso, hacia una puerta, alejándolo de los horrores de la estación.

En el comedor del hospital, todos cotilleaban sobre el repentino despertar del paciente comatoso en la camilla 344, quien hacía tres días había sido abatido por un caballo desbocado en el tradicional desfile de fin de año. La explicación médica del milagro eludía a los doctores, pero una verdad que había aprendido hacía mucho tiempo atrás satisfacía al galeno más experimentado del hospital. Dijeran lo que dijeran, la muerte no recibe a todos en su tren... Siempre pide el boleto primero.

